

Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y de África  
Sección de Historia de América  
Facultad de Geografía e Historia  
Universitat de Barcelona

Programa de Doctorado Bienio 2002-2004  
“Recuperación de la memoria. América Latina”

¿“Otros” argentinos? Afrodescendientes porteños y la construcción de la  
nación argentina entre 1873 y 1882

Tesis realizada por  
Lea Geler  
para optar al título de Doctora en Historia

Directora: Dra. Pilar García Jordán

Co-directora: Dra. Gabriela Dalla Corte

marzo de 2008

## APUNTES FINALES

*“¡Adiós, adiós! Se cierra nuestra historia,  
Hoy la postrera página te escribo.  
Y con ella destierro para siempre  
Quejas de amor, protestas y suspiros”<sup>1169</sup>.*

Hemos querido omitir en esta sección el título de “conclusiones”, ya que lo que haremos será repasar y poner en limpio las ideas principales que hemos seguido a lo largo de nuestro trabajo, sin implicar por ello la “conclusión” del mismo. Muy por el contrario. Creemos -y esperamos- que a partir de esta investigación se abrirán nuevas y fructíferas preguntas relacionadas con el mundo popular y la instauración del orden estatal.

En principio, hemos comprobado cómo las voces más importantes dentro de las elites de poder argentinas apoyaban -con fuertes diferencias y contradicciones- la acción de la población afrodescendiente en la obtención del territorio con el que asentarían su proyecto socioeconómico agroexportador pero también la “nación” territorializada. Esta actuación, considerada patriótica, se pudo amalgamar con los ideales que señalaban a Europa como la raza/pueblo idóneos para conformar una nación progresivamente homogénea a través de un proceso de etnicización de la población afrodescendiente, mientras que, por el contrario, las poblaciones indígenas -que disputaban ese territorio- eran masacradas y consignadas más allá del límite de la civilización, conformando así el ideal de salvajismo, en una dualidad que signaría la vida de la joven república conjuntamente con la imagen de Rosas y su período de gobierno. Ese proceso trajo consigo que la población afrodescendiente de Buenos Aires fuera considerada por las elites dirigentes como una parte fundamental del “pueblo”, de la masa-anónima que debía como tal ser celebrada pero simultáneamente disciplinada, porque sobre ella recaían los deberes de soberanía y los de sostén económico del proyecto nacional.

De este modo, los discursos de los prohombres y las memorias que perduraron de la ciudad, retomados y resignificados continuamente, mencionaban a los afroargentinos como héroes y también como trabajadores, en todo caso muy distintos de sus ancestros africanos. Sin embargo, estos mismos relatos y discursos les otorgaban el carácter de “desaparecidos” -algo que se reforzaba desde políticas estatales, como sucedía con las mediciones censales- estableciendo lo que a nuestro juicio se puede designar como una alteridad pre-histórica en la construcción nacional argentina, a través del recuerdo constante de su presencia como grupo particularizado en la época colonial y en las sucesivas guerras por la patria, en un pasado lejano

---

<sup>1169</sup> *La Broma*, “Último adiós”, 8 de junio de 1882.

pero glorioso. La inclusión de los afrodescendientes dentro del blanco nacional se viabilizó a través de su inserción en la esfera de lo popular-trabajador y también en la figura del héroe-masa anónima sacrificada en defensa de la patria.

Pero este proceso de etnicización, que consagró la desaparición afroargentina en la blanquitud nacional fue vivido, sentido, sufrido y sostenido por una comunidad que todavía se identificaba con la afrodescendencia y, por más que desde los discursos de poder se empeñaran en declarar desaparecida, también eran marcados y discriminados así por el resto de la sociedad. Y, justamente, es esta situación tan particular la que nos interesó trabajar aquí. Por eso, los protagonistas de nuestra investigación no fueron los hombres ilustrados, prestigiosos o que detentaban el poder sino los afroargentinos de la ciudad de Buenos Aires, los afroporteños. Estos hombres y mujeres de ancestros africanos y antepasados esclavizados vivían en un contexto donde el concepto de raza que se manejaba se derivaba de aquel de “casta” que había sido fundamental en la época colonial, en una sociedad heredera de un particular ordenamiento social y que se tradujo en un siglo XIX donde la nueva burguesía en el poder se constituyó en una aristocracia empeñada en construir una nación -conservando aún categorías clasificatorias ligadas a jerarquías, moralidades, empleos y responsabilidades- dispuesta a organizar un país con fuerza de trabajo disponible y disciplinada. Sin embargo, estas categorías cambiaban y se imponían progresivamente ideas que indicaban las razas eran compartimientos biológicos con propiedades características y difícilmente maleables.

Para acercarnos a las vivencias, disputas y cotidianeidad de los afroporteños utilizamos las fuentes que fueron dejadas por ellos mismos, los periódicos que dirigían y redactaban y que estaban destinados a la comunidad en el período bajo estudio. No eran éstas publicaciones sin más. Por el contrario, eran la base de una contra-esfera pública subalterna que les era particular y, como tal, brindaba un espacio de reencuentro identitario como comunidad y permitía el diálogo -siempre escaso- con la esfera pública burguesa en construcción, de la que los afroporteños estaban mayormente excluidos. Los personajes que tenían voz en esa esfera subalterna, periodistas, directores de periódicos, redactores, pero también militares y personajes de prestigio que comúnmente veían sus ideas reflejadas en los periódicos, pueden comprenderse cabalmente si los estudiamos como intelectuales subalternos.

Es a través de la labor de disciplinamiento de estos intelectuales subalternos cuando comenzamos a entender cómo los afroporteños se veían enmarcados dentro del proyecto nacional, aceptaban sus designios, discursos y promesas, compartían sus ideologías y su destino. Estos intelectuales se investían en guías de la comunidad -porque efectivamente, los afroporteños se veían como una- hacia el progreso, retomando los discursos y designios de los grupos hegemónicos por lo que creían era el bien de su grupo. Y con este objetivo, vigilaban y escrutaban lo que sucedía y proponían, arengaban y luchaban para que los afroporteños y afroporteñas abandonasen las tradiciones que todavía los ligaban a lo “bárbaro”, muy

relacionado con Rosas y su época. Los intelectuales subalternos se posicionaban como “articuladores” entre las demandas de un Estado en consolidación, de los grupos hegemónicos asociados al aparato estatal y la comunidad afroporteña. Esta labor de la intelectualidad caracterizaba y diferenciaba a la comunidad afroporteña en este momento en la ciudad, y la volcaba de lleno en los discursos e ideologías que cruzaban el país, posibilitando asimismo que la marginalidad de la precaria situación económica en que vivían y las continuas discriminaciones que sufrían no transformaran a los afroporteños y afroporteñas en parias sociales, aún cuando este concepto era repetidamente utilizado para autodefinirse. Los afroporteños y afroporteñas vivían continuamente presionados por la mirada alerta de una sociedad que vigilaba y que amonestaba, discriminaba y obligaba a aceptar la culpa del poco “progreso” social o económico de quienes vivían muchas veces al límite de la subsistencia, y algunos hasta abandonaban toda esperanza de futuro. Aún así, los afroporteños no “aceptaban” sin más lo que sus intelectuales -y a través de ellos los grupos hegemónicos- les imponían, sino que discutían, resistían, transformaban y proponían alternativas en su día a día.

En este diálogo, la importancia fundamental que tenían y se les daba a los afroporteños en la vida de la ciudad y las distintas alianzas que establecían con los grupos de poder provocaron que -más allá de la transformación, abandono, ocultamiento y/o “modernización” de las tradiciones que los ligaban con la africanidad y la gran apertura y receptividad que mostró la comunidad hacia los inmigrantes europeos y hacia los discursos de los hombres de las elites- las prácticas desarrolladas por ellos pasaran a conformar el estereotipo de lo “popular”, un mundo en ebullición cada vez más “oscuro” y que tenía dinámicas que le eran particulares. Si el mundo popular se conformaba en negociación y exclusión con aquel considerado “culto”, las artes y modos de comportarse que se asociaban a los afrodescendientes fueron marcando las pautas de construcción del estereotipo del “grotesco”, del vulgo que había que disciplinar, educar y controlar, según la sociedad patricia que oponía a los aristócratas con el mundo del trabajo. La corporalidad estereotipada del “negro” pasó, entonces, a materializar “lo popular”, y en este pasaje los propios afrodescendientes la vieron factible de parodia, y con la misma instituían su propia pueblitud/blanquitud.

Pero, además de este progresivo asentamiento del mundo afroporteño en lo popular tendente a fundir a la comunidad en un colectivo más amplio, el crucial papel de los intelectuales subalternos en el diálogo con los grupos hegemónicos y con el Estado profundizaba los conflictos entre ellos, lo que repercutía en la propia comunidad y aumentaba las diferencias en su interior. Así, un grupo que a primera vista nos podría parecer más o menos estable, debido principalmente a una supuesta identificación con la afrodescendencia, en realidad se afanaba por detener un proceso de fractura que parecía inevitable. Los distanciamientos en su interior reproducían y afianzaban los que surcaban la sociedad: las divisiones entre los bárbaros y los civilizados, los guarangos y los cultos, los trabajadores y los

viciosos, los ricos y los pobres, los obreros y los patronos, los aristócratas y el vulgo, los blancos y los negros. Nuevos modos de comprenderse y de instalarse en la sociedad -con las limitaciones que imponían unas élites celosas de su predominio- se hacían cada vez más válidos y se solidificaban con las experiencias de lucha compartidas con otros sectores y grupos. Así, la lucha obrera aportaba buenos espacios para que los miembros de la comunidad afroporteña coordinaran sus demandas con otros individuos y colectivos y cifraran sus expectativas y proyectos de futuro, siempre dentro de los marcos impuestos por el mismo Estado que estaban ayudando a consolidar. Pero además, la afrodescendencia era entendida diferentemente según quién la explicitara y, lo que es más notable aún, era discutida por los afroporteños, que no veían claro que ésta fuera una forma conveniente -si es que era posible- de sumarse a la sociedad argentina.

La gran conciencia crítica y el alto poder autorreflexivo que mostraba la comunidad afroporteña -a través de sus intelectuales afroporteños- no era casualidad. Había un ámbito en el que los afrodescendientes se movían con soltura y en cuya práctica movilizaban pasiones y se conformaban como individuos: la esfera política. El protagonismo de los afroporteños en los comicios (y en toda su parafernalia) no implicaba sólo la lucha en las parroquias o el voto, sino también imbricar a todos los afroporteños en una red clientelar que repercutía en bienes, servicios y prestigio y en identificaciones diversas con el destino de una nación y con la corporización del ciudadano, que por supuesto profundizaba las diferencias al interior de la comunidad en prestigio y poder económico. Los distintos alineamientos de los intelectuales afroporteños -los punteros- en cuestiones políticas implicaban que la comunidad se enfrentara duramente entre sí, y no sólo en los períodos electorales. Los desacuerdos iban mucho más allá de estos momentos concretos y se prolongaban en toda su cotidianeidad, pero pueden ser vistos con mucha claridad en las peleas que se sucedían al interior del entramado asociativo afroporteño y entre los periódicos. Mientras esto sucedía, los afroporteños actuaban efectivamente para identificarse con, sustentar y profundizar la consolidación del Estado nacional y la diseminación de su aparato coercitivo en sectores a los que anteriormente no llegaba, conformando alianzas estratégicas dentro de un bloque histórico hegemónico, aunque como un grupo subordinado. Simultáneamente, la práctica política les permitía tomar conciencia del (todavía escaso pero real) poder con que contaban si se unían entre sí o con otros para exigir soluciones a problemas que les tocaban de cerca, y utilizaban todos los medios a su alcance para presionar y hacerse escuchar.

La comunidad no podía sobrevivir como tal. Y aunque había quienes pedían acciones específicas para sumarse a la nación como un grupo particularizado, el entramado que unía a los afroporteños con los grupos hegemónicos y con el sostén y consolidación del Estado impedía que se desafiara el mandato de homogeneidad blanca-europea, poniendo en jaque desde la misma comunidad las propuestas para visibilizarse racialmente, en un sentido de raza que

bordeaba aquel de raza científica que comenzaba a campar por el mundo. La indiferenciación -o desmarcación de ciertas categorías- que ofrecían categorías como “vulgo” o incluso como “obrero”, pero sobre todo la “ciudadano/soberano”, y que eran impuestas pero también retomadas, usufructuadas y defendidas por los afroporteños nos muestran que la homogeneidad nacional fue un proceso de construcción consensuado. La “regeneración” por la que los intelectuales subalternos abogaban implicaba tanto “civilizarse” como olvidar y ocultar un pasado que, en vez de provocar el enfrentamiento con los antiguos amos, fue unánimemente considerado vergonzoso. “Renegar” de la raza era posible y pareció ser algo común (aunque criticado), en un entramado que sumaba colores, comportamientos, demandas y posiciones socioeconómicas.

Así, el disciplinamiento instaurado desde los grupos hegemónicos y los intelectuales subalternos sobre la comunidad, la aceptación/negociación de las ideologías dominantes que provocaban la autoculpabilización por lo que se entendía como retraso y las ansias de “regeneración”, las luchas y demandas que aunaban a los miembros de la comunidad con otros grupos sociales, los enfrentamientos y distanciamientos socioeconómicos al interior de la comunidad y, sobre todo, las distintas alianzas estratégicas con los grupos de poder que permitían a la comunidad afroporteña constituir bloques históricos sociales (y que de hecho viabilizaban la instauración y consolidación del Estado nacional), fueron procesos que habrían co-actuado para promover la blanquitud argentina, ejemplificada como porteña, urbana, civilizada, europea.

Como resultado de las imposiciones que sufrieron pero también de sus constantes luchas y reflexiones, diálogos y negociaciones, los afrodescendientes dejaron de ser “otros”: en la particular formación nacional de alteridad argentina, los afrodescendientes pasaron a ser “nosotros”.